

## Bibliografía

- DURAND, Gilbert (1995). «El hombre religioso y sus símbolos» en: Julien Reis (Coordinador). *Tratado de antropología de lo sagrado* (1). Valladolid. Editorial Trotta, Colección Paradigmas, Biblioteca de Ciencias de las Religiones, nº 6 (pp. 75-126).
- FERRATER MORA, José (1994). *Diccionario de filosofía*. Barcelona, Editorial Ariel, 4 tomos.
- GONZÁLEZ ORDOSGOITTI, Enrique Alf (1982). «Algunas observaciones al uso del concepto cultura en la antropología». *Boletín del Instituto Nacional de Folklore* (Venezuela) nº 1, pp. 15-23.
- GONZÁLEZ ORDOSGOITTI, Enrique Alf (1998). *Mosaico cultural venezolano*. Caracas. Fondo Editorial Tropykos/ Asociación CISCUVE (Centro de Investigaciones Socioculturales de Venezuela)/ CONAC.
- GONZÁLEZ ORDOSGOITTI, Enrique Alf (1999). *Los sistemas de fiestas en Venezuela. Hacia una sociología del uso del tiempo extraordinario festivo en las sociedades estado-nación contemporáneas*. Caracas. Tesis doctoral, UCV-FACES, 1999, 3 tomos. Tutor: Dr. Víctor Córdova. Aprobada con mención honorífica.
- GUITIÁN PEDROSA, Carmen Dyna (2000). «La arquitectura, patrimonio del mundo construido». *Revista Tierra Firme* (Venezuela) 18 (70), pp. 205-215, abril-junio.
- NORBERG-SHULZ, Christian (1975). *Nuevos caminos de la arquitectura. existencia, espacio y arquitectura*. Barcelona, Editorial Blume.

José Balza\*

## Una imagen: fray Juan Antonio Navarrete

### RESUMEN

Imaginar lo venezolano es un proceso (y una concepción) que no concluye.

Como existen huellas concretas de lo que fuimos antes de la llegada de Colón en 1498 y de lo que ocurrió después, no hay duda de que cada factor interviniente (sociedades, tradiciones, ritos, ritmos, religión, política, etc) ha determinado esa estructura imaginante, imaginativa, imaginable.

Fray Juan Antonio Navarrete (1747-1814), cuya sensibilidad y cultura son ejemplares, bien puede representar una cristalización de cuanto se fraguó para constituir el imaginario venezolano hasta la Independencia y una prospección de las constantes que nos formarían después.

En todo ese complejo fenómeno un rasgo fundamental es que el imaginario venezolano ha sido siempre secreto.

*Palabras clave:* JUAN ANTONIO NAVARRETE, VENEZUELA, IMAGINARIO, HISTORIA, PENSAMIENTO, IDENTIDAD COLECTIVA.

### ABSTRACT

Imaging the Venezuelan condition is an ongoing and unending process. There are specific traces of what we were before Columbus' arrival in 1498 and of the later historical facts; undoubtedly, every factor (societies, traditions, rituals, rhythms, religion, politics, etc) has contributed to that structure which is imaged, imaginal and imaginable.

Fray Juan Antonio Navarrete (1748-1814), a man of remarkable sensibility and culture, may be held as an outstanding representative of the Venezuelan imagery formed up until the Independency, and an anticipation of our later being.

A key sign of this complex process is that the Venezuelan imagery has always remained secret.

*Keywords:* JUAN ANTONIO NAVARRETE, VENEZUELA, IMAGERY, HISTORY, THINKING, GROUP IDENTITY. (Editorial Staff.)

\* Escuela de Artes, Universidad Central de Venezuela.

## Introducción

### 1

Cuerpo y pensamiento –tan unitarios y tan distintos– se fusionan al emitir ciertas formas instantáneas: imágenes. Aquellos dos perduran mientras existimos, pero las imágenes pueden desaparecer en fracciones de segundos o prolongarse fuera de nosotros en los demás y persistir por siglos.

Nuestros cuerpos poseen el límite correspondiente de su edad. El pensamiento (filosófico, político, económico) determina la vía para que esa edad se cumpla, se encadene en el tiempo y defina contornos sociales. Desaparece, cambia o se mantiene como abstracción. Sin embargo, las formas imaginarias que surgen del cuerpo y del pensamiento, a la vez que los complementan establecen territorios distintos, que van a terminar influyendo sobre aquéllos. Hay allí un proceso de círculo y de espiral.

Somos, en verdad, la imagen viva de quienes nos preceden en un lugar y por lo menos durante un tiempo largo. Somos ese algo que nos fija actuando mientras actuamos.

Así, las imágenes de un hombre y de su grupo histórico parecen afirmarse en elementos no siempre precisables, pero de gran firmeza, elasticidad, complejidad y resistencia. Pueden venir del fondo del tiempo, parpadear en él, transfigurarse y proseguir, como si un extraño vínculo las tensara desde el pasado hacia el presente. Las imágenes no tienen futuro aunque lo abarquen, porque sólo son concreciones del espíritu humano. Cada vez que las contemplamos desde un instante porvenir, ya son pasado o presente.

A diferencia de lo que ocurrió con los hombres de México, Centro América y Perú, nosotros no fuimos interpretados ni *escritos* durante siglos. La deslumbrada relación de Colón en su tercer viaje al tocar las costas de Venezuela es el relato de lo que alguien le cuenta. Es muy citada la descripción prodigiosa que ha hecho el viajero de una ola gigantesca tras la cual se esconde el Orinoco o el Paraíso terrenal, también el párrafo siguiente:

Esta gente, como ya dije, son todos de muy linda estatura, altos de cuerpo e de muy lindos gestos, los cabellos muy largos e llanos, [...] La color de esta gente es más blanca que otra que haya visto en las Indias; todos traían al pescuezo y a los brazos algo a la guisa de estas tierras, y muchos traían piezas de oro bajo colgado al pescuezo.

Pero el Almirante tenía «treinta y tres días sin concebir sueño» y nunca había estado «tanto tiempo sin vista, non se me dañaron los ojos, ni se me rompieron de sangre y con tantos dolores como agora».

Dicho de otro modo: después de Colón tampoco la importancia minera y las pequeñas poblaciones indígenas de Venezuela son atractivo suficiente para que guerreros, sacerdotes y cronistas se dediquen a describirla. Por un raro azar, así como la mirada de Colón queda velada ante la desembocadura del Delta (raro azar reveroniano), así el país permanecerá libre de interpretaciones foráneas durante largo tiempo. La imaginación regional va a expandirse con salvaje libertad durante los próximos cien o doscientos años.

Quisiera echar un vistazo a los orígenes, las transformaciones, los choques psíquicos que constituyen a esa imaginación salvaje y que al integrarla nos permiten discernir en ella, desde el presente, factores que alguien podría denominar como étnicos, económicos, religiosos, estéticos, históricos, sociales, filosóficos o simplemente culturales: una totalidad.

Se supone que lo que iba a ser la población de América comienza a desplazarse desde Asia hace 60.000 años. 15.000 años a.C. ya hay pobladores en el territorio venezolano. La teoría de la H, formulada por Cornelius Osgood indica que por uno de sus ejes habrían ingresado influencias culturales de Centroamérica y del oeste suramericano; por el otro, la corriente de este y noreste suramericano. Al rectificar esa hipótesis, se considera que en vez de una barra rígida de migraciones, hubo un movimiento diverso.

Según los estudiosos, corresponderá al periodo neo-indio (1000 años a.C.-1500 d.C.) el establecimiento de relaciones comerciales (cierto nivel de abundancia para la caza y la agricultura), deportes, arquitectura aplicada en palafitos, cercado de poblaciones; también núcleos de liderazgo político, actividades teatrales y cultivo de la poesía y la narración, quizá como confluencia de ritos y mitos religiosos, festivos, fúnebres. Muestras de todo ello se obtienen hoy en hallazgos como caracoles de agua dulce, que fungían de monedas; en hallazgos de innumerables lugares con petroglifos y pinturas rupestres; en la persistencia de pantomimas y gestos; en instrumentos como la guarura, los tambores, las maracas y en breves melodías entonadas todavía por los indígenas de las diversas regiones.

Dentro de éstos, para el momento de la llegada de Colón, predominaban los caribes y arawaks. Aunque debemos mencionar la unidad de wayus, waraos, chamas, timotes, yuaruros, etc. Es la matriz del «país vegetal» como consideraría siglos más tarde Ramón Díaz Sánchez.

Posteriormente comienza una mezcla de culturas y sangres. La muerte de los caciques y la esclavitud de los indios. El abuso y la humillación sexuales, pero también la apoteosis de un erotismo que aún está por iluminar. Ya desde 1499 la isla de Margarita y un año después Cubagua van dando origen al rosario de ciudades que las búsquedas, los extravíos y las necesidades del conquistador levantan. El agua abundantísima, el tabaco, el algodón, el cacao, el ganado suelto, más tarde el café y el añil son piezas claves de la economía inmediata. Llegarán los de Senegal, de Guinea, de Sudán, Dahomeny, Congo y Angola. También, quizá algunos negros libres. Habrá un tiempo para los alemanes y para los piratas, para el contrabando. Todo esto puede quedar asentado en cartas, crónicas, relaciones, documentos oficiales. Pero no será hasta 1560 que fray Pedro de Aguado escuche y asiente datos relativos a la conquista de los Andes venezolanos. Texto que sólo será leído casi cuatrocientos años después. Y no será hasta 1589, cuando Juan de Castellanos entone su canto a Margarita, la de su juventud.

También en 1627 aparecen las «Noticias historiales» (a las que impulsa el deber de criticar «los bestiales ritos que en estas Provincias se usaban entre los indios, las idolatrías, las crueldades, las tiranías, las carnicerías de carne humanas, de que no se veían hartos, los pecados nefandos y otras cegueras y tinieblas») de fray Pedro Simón, cuyas partes referentes a Venezuela sólo verán la luz a partir de 1882. Como es obvio notar, la vida cotidiana del país (aunque escrita parcialmente) no es leída por ese país y tal vez ni siquiera por el ámbito de los propios escribas. La imaginación salvaje persiste libremente.

A mediados de 1500 están fundadas nuestras principales ciudades. Carlos V crea la Provincia de Venezuela en 1528. El viejo cabildo español y la iglesia tendrán años de inmensa actividad. El gobierno será ejercido por un capitán general y, gradualmente, los criollos lograrán comprar cargos en el ayuntamiento. La economía del cacao determina la fundación de la Real Compañía Guipuzcoana de navegación a Caracas en 1728, así como, después, la Compañía Catalana de Barcelona (1756). Esta polarización comercial tendrá gran influjo en la reacción de los mantuanos contra los pardos y los españoles.

A la resistencia de caciques como Guaicaipuro, Cayaurima, Doaca, los siglos sumarán la rebelión de Andrés López del Rosario —el zambo *Andresote*—, la de Juan Francisco de León, la de Matías Márquez, la de los comuneros de Lobatera y La Grita, la de José Leonardo Chirino y el negro José Caridad González, la de Manuel Gual, José María España y Manuel Montesinos. Desde 1789 circulaba entre los esclavos la noticia de un documento que pedía la humanización en el trato hacia ellos «en todos los dominios de Indias y Filipinas», firmado por Carlos IV.

Estamos ante tres siglos en los que se define el territorio de Venezuela y en los que la práctica religiosa cristiana se adhiere a recónditas creencias negras. Ritmos y ritos africanos moldearán la eucaristía, entronizando patronos y festividades de remotas resonancias eróticas. Aunque sin notoriedad, también el espíritu indígena adaptará oblicuas maneras ante el poder.

Tres siglos en los que nuevas castas hacen más complejo el tramado social del comienzo. Y en los que el inmenso poder de la corona española —debido a múltiples componentes de la historia europea y americana— es visto con sospecha, con odio.

Tres siglos de hechos que —aparte de su incidencia económica y política— casi pasan desapercibidos para la metrópoli misma. No somos interpretados desde allá, no somos escritos como totalidad. Y, casi como en una correspondencia fatal, tampoco somos percibidos en profundidad, analizados, interpretados, comprendidos por nosotros mismos, desde aquí. A fines del siglo XVIII estamos a punto para una percepción profunda de Venezuela: pero esa operación sólo se cumple en el aspecto político. (Tópico éste que bien puede suscitar una pregunta odiosa: ¿Hemos cambiado acaso? ¿cuándo?). Los estremecimientos de la emancipación y de la independencia crean una nueva conciencia. Pero ésta se busca en los documentos europeos. Todavía nadie advierte que los propios habitantes de la región (como hoy) anotan —cartas, testamentos, papeles oficiales— su historia y que hay filósofos y músicos entre ellos.

Desde sus más remotos orígenes, entonces, Venezuela es una realidad que vive y se desliza en la más libre, poderosa y salvaje de las potencias espirituales. En la imaginación. Su realidad ha sido fraguada por el azar, moldeada por la sensibilidad y los sentimientos, por los deseos y sueños de gente que practica sus suelos casi sin advertirlo desde hace quince milenios, tres milenios, quinientos años. Hemos perdurado en el «imposible creíble» de Giambattista Vico.

Prodigio y carencia: el despertar de un universo imaginario nos forja, nos reúne, nos impele, nos define, exagera nuestra libertad, nos contiene. Hasta el punto de que la acción práctica es poco eficaz ante el poder de la energía imaginante. Hemos creado una parábola imaginaria y estamos dentro de ella. Quizá, desde luego, en vía hacia lo que también Vico concebía como estado óptimo de la imaginación: «Los hombres primero sienten, sin advertirlo, luego advierten con ánimo perturbado y conmovido, finalmente reflexionan con mente serena».

Milenios y siglos que sirven de abono para la aparición de una criatura lo suficientemente sensitiva, apasionada, abierta al pasado y a su presente, como para iniciar la escalinata de la reflexión. Me refiero al padre Juan Antonio Navarrete, vertiginoso centro de un proceso imaginario, sereno testigo de una realidad vibrante, cuya mente y cuya obra definen el fascinante milagro de un raro escalón, que nos comprende.

Teníamos a Vochi y a Amalivaca y recibimos a Cristo y a María; teníamos el aéreo caney y la curiara, y recibimos la casa y el barco; la chicha y el licor de moriche y recibimos el vino de las uvas. La desnudez franca y recibimos la etiqueta. Teníamos los indios y surgirán el mulato, el zambo, el criollo. A la sazón europea oponemos el casabe y la hallaca. A la cama el chinchorro. Pero sobre todo, las lenguas indígenas y negras son acorraladas y traducidas en un vasto sistema expresivo: el castellano. A la par que la nueva religión, nos rodean el tafetán, la seda, los zapatos, el espejo; luego efigies sagradas traídas de España, con la vasta naturaleza al fondo. En síntesis: la lectura de la Biblia, los espectáculos religiosos y teatrales, las otras costumbres reacomodan las nuestras o las desplazan. No tardarán en venir leyes estrictas y mucho después ideas filosóficas y políticas. Creo que para un esclavo negro y hasta para un criollo, un espejo alto, con marco de madera y oro no se diferenciará esencialmente de la cruz y de los libros un tanto recónditos que comienzan a llegar. La imaginación local absorbe con la misma intensidad su habitat, su pasado y las novedades ornamentales o culturales que arriban con la política y la moda.

Eso que va siendo el venezolano en tales siglos actúa como un ingente campo lleno que no termina de llenarse jamás. La reflexión, punto culminante de la totalidad humana, como quería Vico, es un elemento más de lo imaginario. Porque esa reflexión tampoco tendrá testigos. El pensamiento se apodera de

cuanto esté cerca: tratados religiosos, comentarios científicos sobre astrología y matemáticas, volúmenes filosóficos, idiomas antiguos y modernos, literatura. Los devora, los adapta, los comenta, escribe sobre ellos, pero todo pasa al gran depósito secreto de una imagen secreta: la de la mentalidad, la de la cultura en el venezolano.

Fray Juan Antonio Navarrete viene a ser esa bisagra ejemplar que ilustra cuanto hasta aquí hemos querido aludir.

Cada uno de los detalles de la larga y precedente enumeración configura cierto segmento móvil dentro de una imagen mayor. Cada detalle se refracta, se prolonga, se contradice o se completa en otros. Y esa totalidad es la imaginación actuante dentro de la cual giramos. El padre Navarrete sintetiza tanto el arco popular como el intelectual de esa totalidad. Hasta la vislumbre política de que lo que íbamos a ser está allí. Precisamente, después de él, lo que se nota en esa gran forma es el ángulo político, aunque lo otro, desde luego, nunca se desvaneció.

## 2

Este hombre merece ser arrancado a los dos siglos que lo separan de nosotros, para instalarlo en la más intensa actualidad. Allí —por valor propio— quedará, porque tenemos que saldar la deuda de un largo olvido y porque su fascinación perdurará.

Juan Antonio Navarrete nació en una hacienda de Guama (Yaracuy, 1749). A los once años, ya en Caracas, se le concede permiso para vestir hábitos clericales; a los quince estudia filosofía. En 1770 es franciscano. Ejercerá en Puerto Rico y en Santo Domingo. Después, ya en su convento de Caracas será bibliotecario por muchos años y su propia celda, que debió ampliar, era una nutrida biblioteca.

Nada me cuesta imaginarlo de temperamento rápido y a veces ácido, como el de Gracián. Estuvo fielmente atento a las exigencias religiosas, pero su inteligencia le mostraba incentivos, curiosidades y casos que no pocas veces deben haberle hecho vacilar (por ejemplo ante la rigidez de la inquisición). No sólo la literatura sagrada sino también la gran poesía española y clásica, la obra y la fama de los pintores, las antiguas tradiciones retóricas de Quintiliano, imantaban su gusto. Aunque con ingenuidad, sabía de problemas médicos, de

aerostática, de geografía. Inventó dos juegos elogiados por García Bacca hace unas décadas. Vio la historia de su tiempo como una partida de barajas. Se debía al rey, pero no omitió su admiración por la figura enigmática de Miranda, cuyos días fueron los suyos. Asume una franca y práctica actitud contra la inquisición.

Tal vez extraviado en Píritu, durante los momentos tormentosos de la emigración a Oriente, murió en 1814 en el Colegio de Guayana. No debió llevar ni uno de sus amados libros. Y en un gesto prekafkiano había escrito antes, en el «Arca de Letras y Teatro Universal», una de sus obras maestras, al parecer la única que ha llegado completa hasta nosotros: «yo no escribo sino para mi utilidad. Quémese todo después de mi muerte, que es así mi voluntad en este asunto: no el hacerme autor y escritor para otros».

El destino pareció obedecerle porque desde entonces el silencio cubrió la obra y la erudición excepcionales de fray Juan Antonio. Felizmente después de una admirable investigación y transcripción, Blas Bruni Celli nos entregó en edición de la Academia de la Historia (1993) una edición monumental.

El «Arca de Letras y Teatro Universal» de Juan Antonio Navarrete es, sencillamente, alucinante. Clasificaciones borgianas, diccionarios que remiten a lo imposible, exactitud y fantasía, conocimientos, curiosidad sexual: todo vibra con nerviosa prisa: el fraile apunta la vida, es decir, sus ideas, y carece de tiempo para desarrollarlas, porque la realidad y su propia psique ya le imponen otras novedades. Y sin embargo todo está hondamente meditado, ordenado. La fragilidad de lo profundo.

Dentro del «Arca», el «Libro único» quiere ser un diario, una historia, un recuento; fija sucesos y noticias, observa la vida de los vecinos; pero también posee esos momentos en que un detalle de la realidad, transfigurado por la escritura (o la fantasía) se convierte en cuento. El padre Navarrete podría ser un puro precursor del cuento venezolano.

### 3

De manera casi natural entre nosotros, sin embargo, una obra como la del padre Navarrete se ha extraviado en casi su totalidad. Y aquella de la cual hoy disponemos, «El Arca de Letras y Teatro Universal», permanece de manera inexplicable oculta al país y al continente. Es natural que no sepamos vernos, también es inexplicable. Pero las imágenes convocadas, estructuradas y escritas

por el padre Navarrete están de algún modo entre nosotros: su obra secreta es pública, irradió desde los acontecimientos mismos, demarcó una realidad. Capturada por el fraile, completa su misión ficticia. Bastará con que nos asomemos a ella (historia, erotismo, chistes, superstición) para reconocernos. Por lo tanto, desde su acción secreta nos está determinando. Pero ¿no habrá llegado el momento en que la lucidez admita su reflejo?

Otra vez tenemos a la imaginación actuante y realenga en nuestra cotidianidad y nuestra cultura. Los intentos por definir la presencia de Navarrete han ocurrido en la década de los 40, cuando García Bacca lo explora; en la década de los 60, cuando el profesor Calcaño lo reconoce en un memorable prólogo; en la década de los 90, cuando la Academia de la Historia dirigida por Guillermo Morón publica la edición de Bruni Celli. Hoy contamos con excelentes estudios de Pino Iturrieta y de Jesús Saturno Canelón.

Muchos otros hombres y mujeres, a comienzos de 1800, pueden reunir en sus biografías lo que ha sido Venezuela desde 1498. Y lo que será hasta hoy. Pero las cartas, los diarios, las confesiones, los apuntes históricos, las canciones, no se difunden. Los documentos que reflejaran a esas personas se han perdido o permanecen ocultos. Quienes los rodearon (incluidos nosotros, hoy) no han dispuesto de acceso al simple hecho de observar y observarse en tales textos.

Nos van a quedar, desde luego, la historia de aquellas épocas, casi siempre escrita por extranjeros; la arquitectura civil y religiosa de esos siglos, la pintura y la música. (¿No es significativo que precisamente estas últimas artes —siempre en contacto con el público— hayan adquirido rango determinante en nuestra manera de ser?)

El padre Navarrete vigila su inmediatez cotidiana (política, dentadura, infidelidades), hurga en el pasado de América (Vespucci, etc); acude a la cultura universal (idiomas, filosofía, etc) y va organizando un mundo de información, de imágenes. Digerido éste por él, quiere que su convento lo disfrute o que visitantes seculares puedan orientarse dentro de ese cosmos. ¿Lo logró? ¿Cuántos leyeron tales páginas?

Todo indica que la obra del padre Navarrete —un vasto despliegue de imaginación, de erudición— hecha día a día, con el pulso de los ojos y de las manos— pasa a concentrarse en una caverna secreta y fantástica, en una esfera prodigiosa e intocada.

José Balza

¿Qué hubiera ocurrido entre nosotros si la obra de Navarrete hubiese sido editada en México o en España? ¿No se habría integrado a la materia milenaria que somos para convertirse en conciencia?

En principio, sin duda, habríamos tenido gente más informada, más educada, no sólo avasallada por lo político. Tal vez hubiese habido una confluencia entre la poderosa imaginación que aún nos conduce y el razonamiento, la reflexión objetiva.

Delta del Orinoco, Caracas, diciembre 1999- marzo 2000

Ana Beatriz Martínez\*

## Tecnología y mapas de conceptos. Herramientas para repensar el imaginario

### RESUMEN

En el presente artículo se explora el uso de los mapas de conceptos como herramienta para representar la estructura de conocimiento con relación a un tema determinado. Igualmente se expone la utilización de los mapas como herramientas mentales basadas en el desarrollo de *softwares* especializados en el mapeo de la mente. El seminario: «Fuentes del imaginario», se transformó en el escenario apropiado para revisar esta herramienta y utilizarla de manera efectiva en la dinámica de la clase.

*Palabras claves:* PENSAMIENTO CREATIVO, PENSAMIENTO CRÍTICO, PENSAMIENTO COMPLEJO, APRENDIZAJE SIGNIFICATIVO, MAPAS DE CONCEPTOS, TECNOLOGÍA EDUCATIVA.

### ABSTRACT

This paper discusses ways of using concept maps to represent what is known about a particular topic. Also it describes the introduction of a new genre of mind tool known as the semantic networking tool. Specially, concept maps were used in a seminar about the imagination. The experience was appropriate to review this tool and to use it in an effective way.

*Keywords:* CREATIVE THINKING, CRITICAL THINKING, COMPLEX THINKING, MEANINGFUL LEARNING, CONCEPT MAPS, EDUCATIONAL TECHNOLOGY.

---

\* Escuela de Educación, Universidad Central de Venezuela.